

Mis estimados José María, René y Jaime:

Por fin os puedo escribir, ¡y con qué placer! No es que me fuera imposible hacer estos largos meses y no sé si años en que he estado debiendoos dos respuestas. No es que no pudiera disponer de unas horas, ni que me faltara humor, ni que alguna pesadumbre me la deprimiera. No os escribía fundamentalmente porque estoy un poco desentrenado en este menester, pero también había una serie de pequeñas cosas, que algo tienen que ver con lo que antes os digo que no tuve pero que realmente sí tuve. Menos mal que Antonio nos ha enlazado un poco en este tiempo. Por otro lado, espero, José María, que querrás perdonar mi silencio. He aquí algunas explicaciones, encaminadas a requerir vuestro perdón y, a la vez, a informaros de nuestras cosas.

Primero fué una enfermedad mía. Apenas llegué a guardar casa, y no perdí ni una de mis múltiples clases. Pero sí estuve unos meses doliente y preocupado. Los médicos no me encontraron nada. Me cuidé un poco y me refuse. Todo quedó en unos dolores superados en la región del plexo solar y dos o tres ataques concentrados en dicha región. Mi vida era sana, pero ahora lo es todavía más. He disminuído el café y las grasas, y he templado un poco más mis nervios. Y se ha producido el milagro de una total recuperación.

Después la enfermedad y muerte de Madre. Rotura de la pierna primero; enyesamiento; largos meses de cama; recuperación después del trauma. Pero alevosa secuela de arterioesclerosis solapada y consiguiente dificultad respiratoria. Todo sufrido con entereza, sin aspavientos, sin excesiva molestia, pero todo -hasta desembocar en la muerte- cayendo naturalmente sobre los nervios y el corazón míos y de Claudio y Provi y Teresina. Se nos fué nuestra animosa Madre en Febrero, y gracias a su valiente ejemplo de toda la vida hemos podido rehacernos en unos meses del decaimiento en que nos dejó. Queda ahora, inevitablemente, el recuerdo melancólico y la pesadumbre consiguiente.

Otra de mis últimas horas caudinas: Al terminar el curso en Diciembre último tomé la decisión, harto audaz, de mostrarme a mí mismo profesor de Filosofía de nuestros dos cursos superiores de Humanidades. Esta decisión, surgida después de considerar algunas dificultades didácticas provenientes del titular de la materia, me sonó por un lado a liberación, pero también significó un feroz incremento de labor. Respiré al empuñar este nuevo ramo en mi entrañable galera pedagógica. Respiré porque tras tantos años de útil mariposeo por los vergeles de las Ciencias elementales, de la Gramática, del Francés, venía la Filosofía a crearne con nuevas brisas. Pero claro: tú sabes, José María, que no soy un irresponsable, y que dentro de la tradicional humildad de mis actividades docentes procuro siempre cumplir decorosamente con lo que el destino me impone. Ya puedes imaginarte a qué disciplina estoy sometido. No dejes en lo más mínimo la rectoría suprema del colegio, aunque Mr. Stranger me ayude en ello muy eficazmente. Sigue además enseñando Francés a los tres cursos superiores. Y al lado de todo esto, y llevándote por ahora las primicias de mi capacidad de aprendizaje, al curso intensivo de Filosofía, tan elemental como quieras, pero que a mí, poco ducho en ella, me absorbe casi por completo. El programa -así sí lo recuerdas- comprende en Quinto Año unas veintidós lecciones de Paleología y unas ocho de Lógica. Y en Sexto Año, una mezcla de temas, sobresaliendo la Historia de la Filosofía, la Lógica Aplicada, la Moral, con unas gotas de Teoría del Conocimiento y otras de Teoría del Ser. Sí, le tomo con cachaza y con cariño y con empeño, todo mezclado. Me limito este año, casi literalmente, a dos de los libritos de texto que por aquí corren. Al final del curso yo sabré poquísima cosa más de lo que sepan mis buenos alumnos de uno y otro curso. Ellos, todos ellos, sabrán, naturalmente, mucho más que el promedio de sus congéneres de las demás escuelas secundarias. Más que aprender yo, cumplo primero con la obligación de enseñar a los chiquillos. Soy pues, en el fondo, un buen alumno secundario de Filosofía. Con los años, espere llegar a ser un excelente profesor de esta materia. Y quizás algún día llegue a saber Filosofía: de momento me contentaré con ir guiando. Mi diccionario se va transformando en mi "vademecum": su frecuentación me lleva indefectiblemente a tí, y este un defecto lo hallo... que me apaballa, que me asombra su desconocimiento. Mas, por gracia de Dios, al bien sabe hallar en mí la mejor parte, y el acompañamiento queda sumergido en un mar de gratitud, de admiración, de maravilla, de goce intelectual y de profunda satisfacción por abierta a tí enter de tanta excelencia.

La escuela va bien. Va equilibradamente bien, en todos los terrenos. Lo cual quiere decir que tal vez no vaya "macanudamente" bien en ningún particular sentido. No he querido dejar descubierta ninguna de sus flaqueas: docencia, economía, prestigio, eficacia, cocina y despensa, administración, ganancias. No descollamos en nada, pero andamos firmes en todo. Mi principal ayuda es Provi. El ejemplo de ella y el mío arrastra a los demás, y sin ninguna alharaca vamos creando entre todos una minúscula pero muy respetable potencia. Si no nos falta la salud podremos aguantar unos años, ni envidiados ni envidiosos, educando a las niñas, superando estrecheces y presidiendo la diligente colmena. Nuestros principales bienes presentes son: independencia profesional, ausencia de agobios económicos, posibilidad de ir aprendiendo, sólida formación cultural de las hijas. Sólo tenemos una apreciable pesadumbre, apreciable en doble sentido: el excesivo trabajo. Sí, notamos su demasía, pero también notamos que él nos ahorra muchísimas tonterías: convenciones sociales, parloteos vanos, malacolafas enfermizas.

Antonio, Eleazar, Vicente y tres o cuatro amigos más seguimos fraternalmente unidos. Todos igualmente atareados, viéndonos casi todos los sábados en la tarde. A Eleazar y a Vicente los veo además todos los días en el colegio. Antonio sigue tan ágil, tan curioso, tan gran trabajador como siempre. Su madurez intelectual va en aumento: su condición de estudiante, cada vez más manifiesta. Todos nos estamos ganando, archiganando, el respeto de las gentes. Todos estamos contribuyendo a darle a nuestra desventurada República la aureola de algo que realmente fué y que merecía haber seguido siendo.

Veo a Sarrá y a Guansé con alguna frecuencia. Aquél me ha leído su memoria-ensayo sobre "su" Sabadell. Este me ha prestado un ramillete de poemas, que estoy leyendo. Los dos siguen tan buenzas como siempre. Sarrá, además, un poco episcopal. Guansé cada vez más sensato y más cáustico a la vez.

Claudio y Teresina se han ido a pasar seis meses a España. Desde Barcelona visitarán la Península y Mallorca, y harán dos escapadas: a Italia y a París. Claudio está medio retirado de la fábrica de muebles (ahora regida casi exclusivamente por Aguadé). Ha sabido Claudio manejar muy inteligentemente su vida, y sin cortar las anarras con la cotidiana realidad ha sabido reincorporarse con ilusión de adolescente a su antigua vida de artista del barro. Va haciendo algunos bustos meritorios, y preparándose para entregarse más y más a la escultura. Tiene sus hijos casados. Amelia ya es madre de un "Claudiet", y Lamberto tiene una preciosa Mari Sol de unos meses de edad. Lamberto se hizo Ingeniero por la Univ. de Chile, y ya trabajó a pleno rendimiento. El marido de Amelia tiene una industria de lámparas y decorado de interiores. Claudio, por consiguiente, está ya libre de responsabilidades en relación a sus hijos. En cambio, Provi y yo, estamos hasta las cervas en relación a las gratas obligaciones para con nuestras hijas. Laura, de 14 años, está en Tercer Año de Humanidades, y lleva ya siete u ocho de piano: en ambas actividades es una excelente alumna. Amelia, digo, Adela, de nueve años, está en la Cuarta Clase Preparatoria o Primaria, y metida también, desde hace unos meses, en los estudios de piano y solfeo. Y, como Laura, va haciendo sus progresos.

¿Y qué te diré de Chile, otro de mis amores? A pesar de todos los pesares, parece que el país progresa. La moneda se está depreciando día a día, pero se compra, se vende, se construye, se paga. No hay ni un obrero en paro forzoso. La gente viaja, quizás demasiado, pues, en lo que a la capital se refiere, contribuye a empeorar el más irritante de todos los problemas: el de la reconstrucción colectiva. Seguimos teniendo libertad, sin que nada se quiebre. La Iglesia no es insensata, como en otras partes. El gradualismo me entorpece del todo la vida nacional. Las clases conservadoras no son del todo cerriles. El Ejército no se deja seducir por los aventureros. No estamos siendo lo que se dice "un gran país", pero tampoco parece que estemos expuestos a ninguna catástrofe. Cabe vivir con la cabeza levantada, sin perder la serenidad ni la esperanza. Se puede, en fin, trabajar; se puede cantar; se puede inclusive sentir de vez en cuando. "¿Qué más queréis?"

Abrazos de Provi y de las niñas para los tres.

(¡Ay, con qué placer leeríamos unas líneas vuestras!)



19-IX-55.